

CAPÍTULO XVI.

Entrevista de los generales republicanos D. Mariano Escobedo y D. Ramon Corona en Chamacuero.—Llega D. Guillermo Prieto á Monterey, y dá orden don Benito Juarez de que se le haga volver á los Estados- Unidos.—Carta de Maximiliano manifestando á la nacion mejicana el motivo que tuvo para ponerse al frente del ejército.—Se aproximan los republicanos á Querétaro.—Los imperialistas forman su linea de batalla y esperan á sus contrarios.—Toman los republicanos posiciones frente á Querétaro.—Son fusilados en el campo republicano algunos individuos, juzgándoles espías imperialistas.—Queda establecido el ejército imperialista frente del republicano en una nueva linea.—Sitúa el emperador el cuartel general en el convento de la Cruz.—Nombra el emperador al príncipe de Salm Salm jefe del batallon de Cazadores.—Pasa D. Benito Juarez una circular á los generales y jefes que operaban en diversos puntos que no se aceptase de los imperialistas más proposicion que la de rendirse á discrecion.—Atacan los republicanos el día 14 la plaza de Querétaro y son rechazados.—Personas que se distinguieron en el combate.—Ordena el emperador que sean bien tratados los prisioneros.—Maximiliano visita á los heridos en el hospital.—Da grados y condecora el emperador á los que más se distinguieron en el combate del día 14.—Destacan los sitiadores una fuerza de caballería para batir al general imperialista Olvera que se acercaba á Querétaro.—Dispone Miramon atacar á los sitiadores el 17 en los cerros de San Pablo y San Gregorio, pero no se efectúa la salida.—Pide el emperador á Marquez su opinion sobre lo que se debía hacer.—La opinion manifestada por Marquez al emperador es que se abandone á Querétaro, llevando todos los trenes y artillería.—Acepta Maximiliano el parecer de Marquez y se dá la orden para ejecutarla.—Se suspende la salida y se cita á los generales á una junta de guerra.—Se resuelve en la junta que no se deje á Querétaro.—Hace una salida de la plaza el general Miramon á la hacienda de San Juanico y se apodera de los víveres de los sitiadores.—Nombra el emperador á Marquez lugarteniente y sale este para la capital.—Errores en que han incurrido el príncipe de Salm Salm, el doctor Basch y otros al hablar sobre las instrucciones dadas á Marquez por el emperador.—Vigoroso asalto de los sitiadores á la plaza de Querétaro el 24 de Marzo.—Son rechazados con numerosas pérdidas, entre ellas la del jefe don Florentino Mercado.—Humanitaria atencion del emperador con los heridos de los sitiadores.—Visita Maximiliano el hospital y á los oficiales prisioneros.—Destaca el general sitiador Escobedo cuatro mil hombres de caballería, para impedir

el regreso de Marquez en auxilio de Querétaro.—Llega Marquez á la capital.—Comunicacion del general imperialista Noriega, pidiendo auxilio al ministro de la guerra para la defensa de la plaza de Puebla.—Sale Marquez en socorro de los sitiados en Puebla.—Que su plan era acertado para la causa del imperio.—Condecora el emperador en Querétaro á los que más se habian distinguido desde que empezó el sitio.—Es condecorado el emperador por el ejército.—Cartas de Maximiliano en que se ve el aprecio que consagraba á sus tropas.

1867

Marzo.

1867. Cinco días habian transcurrido desde que el 26 de Febrero aplazó Maximiliano la salida del ejército en espera del general Olvera con sus tropas de la Sierra.

Era el 1.º de Marzo, y la esperada fuerza que debía quedar guardando la ciudad de Querétaro, no llegaba.

Entre tanto el general republicano D. Ramon Corona que, como he dicho, habia llegado á Celaya el 27 de Febrero, situó una fuerza respetable que denominó gran guardia, en la vía de Querétaro; tomó diversas precauciones que dicta el arte de la guerra para poder hacer frente si se veía atacado por sus contrarios, y envió diestros exploradores en observacion de los movimientos de los imperialistas.

Deseando el general D. Mariano Escobedo tratar personalmente con D. Ramon Corona algunos puntos relativos á las operaciones de la guerra que se iban á emprender, le envió un parte telegráfico á las siete de la mañana del 1.º de Marzo, diciéndole que en la noche del mismo día le esperaba en Chamacuero. Don Ramon Corona dejó encargado del mando de las tropas al general D. Nicolás Régules que, algo aliviado de sus males, acababa de llegar, y en seguida salió de Celaya, con una corta escolta

para el sitio de la cita. En la entrevista que pocas horas despues tuvieron ambos generales, D. Mariano Escobedo, no obstante haber sido nombrado por el gobierno de don Benito Juarez general en jefe de todas las tropas que operasen en la campaña de Querétaro, se manifestó altamente desprendido con D. Ramon Corona, y ofreció generosamente á este el mando de los tres cuerpos de ejército republicanos allí reunidos, que eran el del Norte, el de Occidente y el del Centro. El general D. Ramon Corona, le dió las gracias por la honra que le hacia con aquel ofrecimiento, y contestó que tenía suma satisfaccion de hacer aquella campaña bajo las órdenes del hombre ameritado que el gobierno había tenido el acertado tino de
 1867. elegir para la importante empresa que se acometía. Despues de haber tratado ambos jefes
 Marzo. de todo lo concerniente á lo que debía hacerse para alcanzar el triunfo sobre sus contrarios y de haber convenido en el plan de ataque que juzgaron más conveniente, el general D. Ramon Corona volvió á Celaya, y D. Mariano Escobedo á su campamento.

La autoridad de D. Benito Juarez era la única reconocida por todos los jefes que mandaban fuerzas republicanas. Los partidarios del general D. Jesús Gonzalez Ortega que habían clamado contra el decreto dado por el primero, declarando que continuaría en el poder cuando iba á terminar el período de su presidencia, habían sido reducidos á prision unos con el mismo Gonzalez Ortega; otros se habían quedado en los Estados-Unidos, y los más habían desistido de su empeño. Sin embargo de esto el gobierno de D. Benito Juarez, para evitar que los mejicanos libe-

rales que le acusaban en la república vecina de haber hollado la constitucion de 1857, no pudiesen derrocarlo, tenía dadas órdenes muy terminantes á los jefes de la frontera para que no permitiesen entrar al territorio mejicano á los que pudieran crearle dificultades en su marcha. Que el deseo del cumplimiento exacto de esa disposicion no era ménos fuerte en los momentos en que sus tropas se dirigian sobre Querétaro que cuando se encontraba en Paso del Norte, se vé en la orden dada á consecuencia de un permiso otorgado por un jefe de la frontera á un individuo de los considerados como orteguistas, para que pasase á territorio mejicano. El individuo era don Guillermo Prieto, hombre muy considerado en el partido liberal, que había ocupado puestos muy elevados, excelente poeta y literato, y persona de generosos sentimientos, de quien ya he hablado varias veces en esta obra. Don Guillermo Prieto, que fué uno de los que con notable actividad había trabajado por medio de cartas escritas
 1867. desde los Estados-Unidos á sus amigos de
 Marzo. Méjico, para que la presidencia pasase á don Jesús Gonzalez Ortega segun le correspondía por la constitucion de 1857, deseaba volver á su país para atender á su familia. Habiendo permanecido por mucho tiempo en Tejas, se dirigió con fecha 1.º de Marzo, desde Brownsville, al general republicano Berriozabal, comandante militar de la línea del Bravo, manifestándole que deseaba volver á su patria, si no eran para ello inconveniente las disposiciones del gobierno de don Benito Juarez sobre los amigos de don Jesús Gonzalez Ortega. El general le permitió pasar á Matamoros, y allí le dió pasaporte para

Monterey, dando parte á su gobierno con la misma fecha. El gobierno dispuso el día 18 del mismo mes, que volviese á salir del territorio de la república, y que no regresara á ella sin permiso previo, comprendiendo en la misma disposicion á todos los que desde el exterior procurasen con escritos, ó de cualquiera otra manera, que fuese desconocido don Benito Juarez. Este había confiado el mando de las tropas y todos los empleos de alguna importancia á los individuos cuya adhesion hacía su persona le era conocida. Por eso había puesto al frente de las fuerzas que iban á operar sobre Querétaro, á los generales D. Mariano Escobedo y D. Ramon Corona. Si triunfaba de los defensores del imperio, esperaba consolidarse en el poder como el salvador de las instituciones republicanas.

La campaña de Querétaro era, en consecuencia, para D. Benito Juarez, de suma importancia.

Los generales D. Mariano Escobedo y D. Ramon Corona, que anhelaban dar á ella feliz cima para su causa, se ocuparon, por lo mismo, en la entrevista que, como he dicho, tuvieron en Chamacuero el día 1.º de Marzo, de no dar paso que pudiese aventurar el éxito que se habían propuesto.

El emperador Maximiliano, que veía aproximarse el momento en que iba á verterse en abundancia la sangre en los campos de batalla, y anhelando patentizar que por su parte había dado los pasos que había juzgado necesarios para poner término á la lucha, proponiendo al partido republicano que se convocase al país á fin de que resolviera libremente el sistema de gobierno que quería, quedando establecido el que eligiera, dirigió una carta el

2 de Marzo á su ministro D. Manuel Garcia Aguirre, que la publicó el *Boletín de Noticias* que se imprimía en 1867. Querétaro. Esa carta que Maximiliano escribió con objeto de que la nacion mejicana supiera el motivo que le había impelido á ponerse al frente del ejército, decía así:

«Mi querido Ministro Aguirre:

»Como Mi salida para Querétaro poniéndome al frente del recién formado ejército, podría interpretarse falsamente tanto en el país por personas malévolas, como en el exterior, por falta de conocimiento de causa debida á las muchas calumnias que Nuestros enemigos diseminan con ayidez sobre la conducta de Nuestro Gobierno, creo necesario bosquejar algunas observaciones, que pueden servir de explicacion y de guía en los difíciles momentos presentes.

»El programa trazado por Mí en Orizaba despues de haber oído la franca y leal expresion de los cuerpos consultivos del Estado, no ha cambiado por nada; siempre domina en Mí la idea del Congreso, como única solucion que puede formar un porvenir duradero y una base para acercar los partidos que hacen la desgracia de nuestro infortunado país. Emití la idea del Congreso que ya desde mi llegada al país nutría, luego que tuve la certidumbre de que ya podían reunirse los representantes de la nacion, libres de influjos extranjeros. Mientras tanto que los franceses dominaron en los centros del país, no había posibilidad de pensar en un Congreso con deliberacion franca. Mi ida á Orizaba apresuró la marcha de las tropas interventoras, y así llegó el día en el cual ya se podía

hablar abiertamente de un Congreso constituyente. Que no era posible dar antes tal paso, se mostró con evidencia en la acérrima oposicion que las salientes autoridades francesas hacían á la idea emitida.

»El Congreso elegido por la nacion, verdadera expresion de la mayoría y con toda la suma de poder y libertad, es el solo remedio capaz de concluir la guerra civil y de contener el tan triste derramamiento de sangre.

Yo Soberano y jefe, llamado por la nacion, me sometí con gusto otra vez á la expresion de su voluntad, dominándome el más ardiente deseo de concluir así pronto la desoladora lucha; hacía más: me dirigía personalmente ó por conducto de agentes fidedignos y leales, á los diferentes jefes que dicen pelean en nombre de la libertad y de los principios de progreso, para que ellos se sometieran como Yo al voto legítimo de la mayoría nacional. ¿Cuál era el resultado de estas negociaciones? Que los hombres que invocan el progreso no quisieron ó no pudieron sujetarse á tal juicio, y que contestaron con el fusilamiento de leales y distinguidos ciudadanos, rechazando la mano fraternal que quería la paz entre los hermanos, ó mejor dicho, ellos, partidarios ciegos, dominar exclusivamente con la espada en la mano. ¿Dónde está, pues, la voluntad nacional? ¿De qué parte hay el deseo de verdadera libertad? La sola disculpa para ello es su propia ceguedad; así lo muestran los tristes acontecimientos que bajo tal bandera se cometen y claman al cielo: con ellos, pues, no se puede contar, y nosotros no tenemos ya más deber que obrar con toda energía para devolver cuanto antes la li-

bertad á los pueblos, y que puedan entonces expresar libre y francamente su voluntad.

1867. »Esta es la razon por la cual Yo mismo
Marzo. marché á esta ciudad apresuradamente, buscando por todos los medios posibles, restituir á Nuestras infelices comarcas la paz y el orden, y salvar al país una segunda vez de influjos extranjeros nocivos. Por el Oriente salen ya las bayonetas interventoras: es, pues, necesario llegar al deseado momento, de que otros influjos armados directos ó indirectos no atenten á Nuestra independencia y á la integridad de Nuestra patria. Estamos en la hora suprema al presenciar que se comercia con Nuestra tierra. Es por lo mismo necesario buscar con todos los remedios el término de esta crítica situacion, y librar á Méjico de toda opresion de cualquier lado que venga. Por último, un Congreso nacional resolverá de los destinos de Méjico en cuanto á sus instituciones y forma de gobierno; y si esta reunion no tuviese lugar porque los que la procuramos sucumbiéramos en la lucha, siempre el juicio del país Nos concedería la razon, porque diría que habíamos sido los verdaderos defensores de la libertad; que nunca vendimos el territorio de la nacion; que procuramos salvarla de una doble opresion interventora, y que de buena fé pusimos los medios de hacer triunfar el principio de la voluntad nacional.

»Reciba Vd. las seguridades de Mi benevolencia, con las cuales soy su afectísimo.—*Maximiliano.*»

El día 4 de Marzo, tres días despues de la entrevista que tuvieron en Chamacuero los generales republicanos D. Mariano Escobedo y D. Ramon Corona, salió éste de

Celaya con sus tropas, y acampó á la salida del delicioso pueblo de Apaseo, que dista cuatro leguas de Querétaro. Allí recibió sucesivamente dos cartas del general en jefe D. Mariano Escobedo, en las cuales le comunicaba sus movimientos, y le decía que permaneciese en las posiciones que tenía hasta que él avanzase con sus fuerzas y se pusiera en línea. Para que esta combinacion tuviese el éxito que se habian prepuesto, enviaron una respetable fuerza de caballería á la hacienda de la Estancia de las Vacas, que está á tres leguas de Querétaro, y encargaron á diestros exploradores que diesen inmediatamente aviso al general en jefe en caso de que fuesen acometidas por los imperialistas las fuerzas del general Corona; y á éste en el evento de que el atacado fuese D. Mariano Escobedo.

En la mañana de ese mismo día 4 se tuvo noticia en Querétaro de que las tropas republicanas se aproximaban simultáneamente á la plaza por dos caminos diversos. La noticia se confirmó en la tarde; y pocos instantes despues, el ejército recibió orden de estar listo para salir, sin llevar bagaje alguno. Esto último indicaba que se iba á marchar en busca de alguno de los cuerpos republicanos.

El entusiasmo de los jefes y de los soldados era grande. Todos habian anhelado aquel momento.

El general D. Miguel Miramon pasó revista á todas las tropas, á la cual asistió el emperador, victoreado á cada paso por el ejército y el pueblo. Terminada la gran parada cuando habia oscurecido, las tropas marcharon á sus cuarteles para descansar algunas horas y estar dispuestas para el combate.

La noche del 5 al 6 de Marzo la pasaron los jefes principales en disponer todo lo necesario para la próxima lucha. Se esperaba la luz del día 6 como la que debía alumbrar la gran batalla en que iba á decidirse el triunfo por uno de los dos partidos contendientes. No bien despuntó el primer albor de la mañana, cuando el emperador, montando á caballo, y acompañado de su numeroso Estado Mayor, reconoció los puntos próximos á la ciudad que juzgó importante examinar.

El ejército imperialista se dejó ver formado en batalla desde el momento que el sol se presentó alumbrando la tierra. Esperaba que el general en jefe republicano aceptase el combate, y que la contienda se resolviese en breves horas, fuera de la ciudad. Las tropas de Maximiliano se hallaban establecidas de la manera siguiente, segun la descripcion hecha por el teniente coronel de artillería don Ignacio de la Peza que militaba en las banderas del emperador y el oficial de órdenes de éste, teniente coronel D. Agustin Pradillo, que sigo exactamente. La division del general D. Severo del Castillo en el orden de batalla apoyaba su flanco derecho en la falda del cerro de San Gregorio, cuya altura estaba defendida por un batallon y algunos voluntarios de Querétaro; se extendía en di-

reccion del cerro de las Campanas y cerraba su flanco izquierdo en la márgen derecha del rio Huimilpa: la línea era interrumpida por el pequeño intervalo que se extiende de la márgen izquierda del mismo rio á la falda del cerro de las Campanas, centro de la línea de batalla de los imperialistas. La division del general Casano apoyaba su cabeza en dicho cerro, pro-

longándose hácia el Sur hasta la altura de la hacienda de la Capilla, formando escuadra con las carreteras que conducen á Celaya y San Juanico. El general D. Tomás Mejía, con la caballería, se encontraba situado en columna en la garita de Pinto, izquierda de la línea de batalla. La artillería de las divisiones quedó situada en los intervalos de los cuerpos. La reserva, á las órdenes del general D. Ramon Mendez, se encontraba en la plazuela de la «Fábrica,» á unos quinientos ó seiscientos metros á retaguardia de la línea. Las municiones también á retaguardia, en una plaza pequeña, cerca de la puerta de Celaya. El general Calvo recibió el mando de la plaza, y se situó en el punto de la Cruz, con una corta fuerza. (1)

Practicado por el emperador el reconocimiento de los puntos principales próximos á la ciudad, regresó á la línea de batalla que ocupaban sus tropas, donde fué recibido con entusiastas aclamaciones. El emperador se detenía á hablar con los jefes de cada cuerpo y dirigía la palabra familiarmente á los soldados, cautivando el corazón de todos con su afabilidad y con su determinación de participar de los mismos peligros y privaciones de sus subordinados.

En los mismos momentos en que el ejército imperialis-

(1) Esta descripción hecha, como he dicho, por el coronel imperialista de artillería D. Ignacio de la Peza y el oficial de órdenes de Maximiliano, D. Agustín Pradillo, es la exacta; y difiere mucho de la que presenta el príncipe Salm Salm en sus *Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, en que incurre en notables errores, sin duda por no haber conservado en la memoria la situación de algunos de los puntos.

ta esperaba, formado en batalla, la aparición del republicano de un momento á otro, el general D. Ramon Corona, por orden del general en jefe D. Mariano Escobedo, hizo avanzar toda su caballería á la Estancia de las Vacas y la hacienda del Castillo, quedando él todavía en Apaseo.

1867. Pocas horas después supo por los espías que
Marzo. tenía en los alrededores de Querétaro, que el ejército imperialista se había formado desde muy temprano en batalla al pié del cerro de las Campanas; que se había anunciado su salida; pero que se ignoraba el rumbo que tomaría.

Las tropas de Maximiliano permanecieron en espera de sus contrarios todo el día 6; y no dudando que el 7 se presentarían, continuaron en la misma línea anhelando la hora del combate.

El emperador se quedó esa noche en el cerro de las Campanas, acompañado de los generales D. Leonardo Marquez y D. Miguel Miramon; y á las diez de ella pasó á su ejército la siguiente orden general: «Soldados: Estamos en visperas de sucesos que van á decidir definitivamente la suerte de nuestra querida patria. No es la ciega ambición ni el espíritu de partido lo que nos ha impelido á esta campaña: deseos y deberes más notables ponen hoy la espada en nuestras manos; la consolidación de nuestra independencia y el pronto término de una guerra sangrienta que conculca los vínculos sociales. Hé aquí todo nuestro anhelo: pensad bien esto y luchad con valor, energía y constancia, resueltos á alcanzar el triunfo como premio de vuestro probado patriotismo: y si la Providencia nos protege, cuando seáis vencedores no olvidéis, res-